

## DEL REPORTAJE A LA NOVELA HISTÓRICA: EL 2 DE MAYO de 1808 EN JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE Y BENITO PÉREZ GALDÓS

A comienzos del siglo XIX, según se sabe, nace la novela histórica de la mano de Walter Scott y con un enorme éxito se extiende por toda Europa y se establece como un modelo para la novela moderna. Este tipo de narración tuvo muy diversos practicantes en España, como José de Espronceda, Mariano José de Larra o Enrique Gil, y tendrá un enorme éxito de público, pero también un cierto número de críticos y censores que se mantiene a lo largo del tiempo. En un principio se comparó la obra de Walter Scott con la de Cervantes, pero luego la caída del prestigio del escritor escocés se da cuando se empiezan a conocer sus imprecisiones respecto al contenido histórico de sus novelas y cuando la corriente realista pasa a dominar la escena y la narrativa busca reflejar el presente y la sociedad contemporánea.

Desde entonces van a ser muchos los que vean la novela histórica romántica como un paso previo hacia el realismo, de manera que se la juzgará con el criterio posterior de la poética y la lectura del realismo, cometiéndose así un anacronismo.<sup>1</sup>

Tampoco se trata, como algunos pueden pensar, de un género menor o de una combinación imposible, sino que con claras raíces en la modernidad, Scott y sus sucesores sitúan en primer plano las relaciones entre la Historia y la narración, o bien entre la verdad histórica y la ficción, constituyéndose así un tipo de relato que todavía hoy presenta un gran número de lectores y obras magníficas.

Scott dirigía su mirada hacia la Edad Media, porque en ella estaban simbolizados los ideales de muchos románticos que veían en ella un modelo social, un espíritu y unas virtudes olvidadas, frente al desorden del presente, pero no era esa la única época que trata la novela histórica. Desde entonces han proliferado, como ramas de un mismo árbol, con muy diferentes ingredientes, incluso en los últimos tiempos siendo para algunos parte de la literatura más característica de la Posmodernidad.

Algunos aspectos importantes en la obra de Scott que se suelen olvidar, y que influyen tanto en la narrativa como en la percepción de los historiadores del momento, son la atención que da a los detalles individuales, su intención de dotar al texto de un colorido histórico y el uso de la dramatización. Con él, el narrador se retira de la escena y el lector tiene la sensación de que los hechos se desarrollan ante sus ojos, y hay que recordar que quizá estos rasgos sustentaban, al menos en parte, la admiración que hacia él sienten escritores como Balzac o Galdós, que serán conocidos modelos realistas.

Una parte de los historiadores de la literatura han establecido una separación tajante entre la novela histórica del Romanticismo y lo que después será la novela histórica contemporánea, como los *Episodios nacionales* de Galdós, pero puede comprobarse que si bien encontramos cambios hay, entre otros, elementos fundamentales que comparten: la visión de la Historia como maestra (*Historia magistra vitae*), de manera que confluyen el placer de la lectura y el conocimiento; la relación oblicua que se puede establecer entre los hechos históricos y el presente: por ejemplo, ya en la novela y el drama románticos, el tema de la tiranía y la injusticia política no cabe duda de que relacionaba el pasado con el presente, y el París medieval o la Venecia renacentista de manera evidente aludían a situaciones políticas del siglo XIX. En realidad, la novela histórica ya desde sus comienzos presentaba distintos tipos, en unos casos más centrada en la reconstrucción de la época (que a veces puede denominarse “arqueológica”), en otros más centradas en la aventura, y según transcurre el tiempo el presente del Romanticismo se irá convirtiendo en pasado y por tanto posible objeto de

---

<sup>1</sup> Sobre la novela histórica española en el XIX merecen consultarse, entre otros, los estudios de Enrique Rubio “La novela histórica”, y Celia Fernández Prieto, *Historia y Novela: Poética de la novela histórica*.

la ficción. Y, entre otros, Julio Rodríguez Puértolas señaló una extensa serie de novelas, anteriores a Galdós, que trataban la historia contemporánea, sobre todo la Guerra de la Independencia y las Guerras Carlistas, mostrando que alguna presenta numerosas coincidencias con los primeros volúmenes de los *Episodios galdosianos*.<sup>2</sup>

Aquí quisiera comentar brevemente dos relatos, muy distintos, que tratan el 2 de mayo de 1808, dos formas de representar una fecha y unos hechos que resultan notables en la Historia de España. Aunque sean dos textos de diferente extensión, separados por más de medio siglo y con diferentes objetivos, creo que merece la pena su lectura porque subraya algunos elementos que han permanecido en la memoria colectiva de los españoles, y alcanzan una mayor calidad que otras narraciones del siglo XIX que han tratado ese momento.

Quizá convenga resumir brevemente los hechos de los que ambos escritores se ocuparán, si bien hay que tener en cuenta que pretender la objetividad y una visión única de la Historia es una empresa imposible. Así, de la Guerra de la Independencia se han dado, y probablemente se ampliarán estos días en que se cumplen 200 años de su inicio, diferentes visiones y estimaciones contrapuestas: sobre su origen popular o las influencias internacionales; sobre su carácter nacional o bien su dispersión en luchas territoriales; sobre su perfil ideológico, a favor del Absolutismo o del Liberalismo; etc.<sup>3</sup> Evidentemente hubo en aquella época un doloroso enfrentamiento entre los ilustrados que colaboraron con los franceses, los “afrancesados”, y los que no estuvieron dispuestos a sumarse a un Gobierno y a unas iniciativas que aunque fueran modernizadoras eran impuestas. Para ambos lados, la elección era conflictiva, y Blanco White fue uno de los que se encontró en esa encrucijada, y a pesar de su posicionamiento a favor del levantamiento tuvo que sufrir las críticas de los absolutistas y de críticos posteriores.

En el comienzo de las dos obras que aquí se comentan se alude a los problemas que causaban las luchas de “camarillas” en la familia Real, el vacío de poder en España y la influencia europea de Napoleón. El Motín de Aranjuez es un momento importante para Galdós, del que Blanco se ocupa poco, pero ambos subrayan que las tropas francesas habían entrado como aliadas en España, con la excusa de dirigirse hacia Portugal, nación tradicionalmente aliada de la enemiga Inglaterra. Después de la revuelta contra Godoy, Madrid es ocupada por las tropas del poderoso general Murat, duque de Berg, y a continuación es aclamado Fernando VII al entrar en Madrid, en una escena que Galdós retrata con un marcado color madrileño.

Tras el traslado a Bayona del Rey, el príncipe de Asturias y casi toda la familia Real, y la cesión del poder a Napoleón, quedó una Junta en Madrid que carecía de verdadero poder. Y cuando desde el lado francés se dan instrucciones para sacar a los últimos miembros de la familia Real, el pueblo se amotina, un batallón de soldados galos dispara contra la multitud y a partir de ahí se extienden por toda la ciudad los combates.

A pesar de la heroica resistencia en la Puerta del Sol, en la Puerta de Toledo y en el cuartel de Montealeón, los 30.000 soldados con que contaba Murat, buena parte de

---

<sup>2</sup> Véase en su edición de *Trafalgar*: entre otras, cita a Juan de Ariza, *El dos de mayo*, Madrid, 1845; y la más próxima a la obra galdosiana, de Diego López de Montenegro y Víctor Balaguer, *Fernando el Deseado. Memorias de un liberal*, Barcelona, 1859. Resulta curioso que en la nómina de autores haya conocidos románticos, como Patricio de la Escosura, o notables autores por entregas, como Wenceslao Ayguals de Izco.

<sup>3</sup> Evidentemente la bibliografía histórica sobre la época es muy abundante, y aumentará notablemente este mismo año por el aniversario que celebramos. Por citar solo unos pocos, pueden consultarse A. Guerrero Latorre, S. Pérez Garzón y G. Rueda Hernanz, *Historia política 1808-1874*, el libro de Miguel Artola, *La guerra de la Independencia*, y el de Emilio de Diego, *España, el infierno de Napoleón*.

ellos acuartelados en los alrededores –como en los Carabancheles- causan cientos de muertos en el pueblo madrileño al que se habían sumado soldados carentes de armamento, y que tuvieron que actuar con una improvisada estrategia de guerrilla urbana. El ejército español se había mantenido acuartelado, y solo unos pocos, como los del citado cuartel de Monteleón, con oficiales como Luis Daoíz y Pedro Velarde, se enfrentan al invasor y consiguen detener un primer ataque para luego sucumbir ante su inferioridad en todos los órdenes.

La represión posterior ordenada por Murat buscaba la consolidación del poder francés, el castigo a los rebeldes y la amenaza del terror que previniera cualquier tipo de insurrección. Los fusilamientos que como consecuencia se llevan a cabo han sido inmortalizados, según se sabe, por la genialidad de Goya en *El 3 de mayo de 1808*, donde aparece una de las ejecuciones masivas que llevaron a cabo las tropas francesas.

No es posible detenerse aquí para comentar la singularidad del casi olvidado José María Blanco White (Sevilla, 1775-Liverpool, 1841), poeta y amigo de Quintana, Meléndez Valdés y otros ilustrados, que fundó periódicos y revistas y publica sus *Cartas de España* en 1822, una de sus obras más significativas. En estas cartas, cuyo título puede recordar a las *Cartas marruecas* de Cadalso, o las *Cartas persas* de Montesquieu, utiliza la forma epistolar con agilidad, por ejemplo, como forma narrativa, según encontramos en la *Carta Duodécima*: en ella cuenta la experiencia personal que vivió en 1808, a finales de abril, el 2 de mayo y pocos días después. Del texto de Blanco White puedes decirse que tiene la impronta del reportaje, al estar situado muy próximo a los hechos y contar con rapidez y precisión algo importante, para lectores que pueden estar más allá del marco español puesto que esta historia interesaba en toda Europa. La exposición de los sucesos apenas deja espacio para la divagación, ni los primores estilísticos, ya que algunas páginas pueden calificarse de auténtica crónica de guerra. Y es curioso que en su *Autobiografía*, donde relata de manera extensa muchos pormenores de su vida, el levantamiento de 1808 solo es aludido, algo que justifica (como en otros hechos biográficos y opiniones) diciendo que sus lectores ya lo conocen porque se ha referido a él en sus *Cartas*.<sup>4</sup>

La *Carta Duodécima* está fechada el 25 de julio de 1808, de manera que ya han transcurrido unas semanas y han sucedido algunos hechos posteriores, aunque todavía estamos al comienzo de lo que será la Guerra de la Independencia. Por esto, Blanco expone y critica el excesivo optimismo de la población de Sevilla ante la derrota de Dupont en Bailén, y menciona el trato honorable que se le dispensa al militar francés al ser hecho prisionero.

Es curioso también que en uno de sus comentarios, quien estuvo tan vinculado a la prensa, muestre su aversión por el oficio de periodista que, en su opinión, desempeña en la primera parte de la carta, a diferencia que aquello que relata como testigo presencial, que para él tiene otro interés. Lo cierto es que sus páginas resultan interesantes, de una enorme tensión dramática y sorprendentes en su claridad al señalar factores decisivos, así como también por mencionar alguna “leyenda negra” que tiene poco que ver con lo que relata. El escritor menciona su amistad con otros ilustrados, y como esta le había llevado a entrar en contacto con el círculo de Godoy, en un momento en que se desarrollaban conspiraciones de diversa índole, como la del Príncipe de Asturias contra su padre, que hizo que el primero fuera arrestado en El Escorial. Las intrigas palaciegas forman el prólogo de lo que luego vivirá por casualidad el escritor

---

<sup>4</sup> La *Autobiografía de Blanco White*, puede consultarse en la Biblioteca de las Culturas Hispánicas del Centro Virtual Cervantes. Este texto procede de la edición de Antonio Garnica (Sevilla, 1975). Asimismo, también hay un estudio que relaciona los dos escritores aquí comentados desde un ángulo diferente, de J. L. Mora García, “De Blanco White a Galdós: un siglo de lucha por la libertad de conciencia en España”.

sevillano durante su estancia en Madrid. Después, según se ha dicho, aparece brevemente el Motín de Aranjuez, el ocultamiento durante unas horas del Príncipe de la Paz y su penosa detención, a la que siguió una cobarde agresión de la multitud (algo, que según veremos, Galdós también recordará con dolorosos pormenores).

Blanco White consigue dar una enorme expresividad a las páginas que refieren el levantamiento, y las horas anteriores a él, al transmitir la sorpresa que le causa y como de manera imprevista tuvo que escapar en varias ocasiones de la muerte ante los soldados franceses.

El ritmo del relato se acelera después de explicar las circunstancias conflictivas de la familia Real y exponer su creencia de que el levantamiento fue provocado y calculado por Murat para establecer su dominio militar, y por eso, dando motivo a la intervención popular y a los primeros ataques, en lugar de salir de noche la comitiva real que quedaba en Madrid, ordenó que saliera a las nueve de la mañana. Como la casa del escritor estaba cerca de Palacio, la noticia le llegó pronto: “La primera noticia del tumulto nos la trajo un tropel de gente que pasó gritando: ‘¡A las armas!’”. Aunque oí decir que los franceses estaban disparando sobre el pueblo esta atrocidad me pareció tan enorme y tan impolítica que no paré hasta salir a asegurarme de la verdad” (p.397).<sup>5</sup>

Y, efectivamente, aunque ve un piquete de infantería no piensa que esté en peligro, y solo escapa por poco cuando ve que los soldados están preparando sus armas para disparar. Esa realidad, que hasta entonces resultaba inconcebible, se materializa al ver que un hombre cae herido por una descarga en la calle por la que corren él y otros, y su desconcierto se manifiesta al encerrarse en su casa y empezar a fabricar cartuchos para una escopeta que tenía. Desde la distancia de algunos años desde la que narra, comenta que la intención de algunos de armar al pueblo, dado el número de efectivos franceses, era una empresa insensata. Luego relata los heroicos hechos del cuartel de Artillería de Monteleón, añadiendo a la información conocida algunos detalles que subrayan la verdad de lo narrado: por ejemplo, las piezas de artillería habían sido colocadas por “el coronel Daoiz, paisano y amigo mío” (p.397), y a continuación describe los esporádicos ataques desde las casas, y la represión sistemática contra aquellos que no “se habían puesto a salvo a su debido tiempo”; es decir, que muchos inocentes sufrieron o perdieron la vida porque ocasiones las tropas francesas no podían identificar a los atacantes o se vengaban en el primero que encontraban.

Las calles desiertas y los cadáveres todavía abandonados en cualquier lugar de la ciudad dan una imagen precisa del horror. La injusticia se completó, señala Blanco White, cuando a la tarde un improvisado tribunal condenó a cien personas, en algunos casos solo por llevar una navaja, a ser ejecutados a sangre fría para escarmiento de la ciudad.<sup>6</sup> Con todo, poco después, al pasar por la Puerta del Sol, vive un nuevo ataque de soldados franceses que cargan contra los paisanos que pasaban por allí, y a la noche encontrará por casualidad a Daoiz, próximo a la muerte, mientras lo transportan varios soldados. Ante todas esas circunstancias trágicas, el escritor afirma que el lenguaje no es suficiente para expresar lo que sintió el 2 de mayo, y los tres días siguientes en que la ciudad quedó desierta. Los problemas personales que acarreaba quedarán marginados y su vida se verá detenida por la experiencia del miedo, de un horror cuyo origen era un

---

<sup>5</sup> Cito la obra por la oportuna edición de la Fundación Dos de Mayo: *1808. El dos de mayo, tres miradas*, donde se recogen *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier; *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, de Galdós, y la *Carta duodécima*, de las *Cartas de España*, de J. M. Blanco White. También pueden consultarse por las ediciones de Antonio Garnica, con prólogo de Vicente Llorens (1977), y del citado Antonio. Garnica (2004), la *Obra inglesa de J.M. Blanco White*, con prólogo de J. Goytisolo (1988).

<sup>6</sup> Este detalle, mencionado por diversos historiadores, lo recoge también Galdós en *El 19 de marzo y el 2 de mayo*.

ejército que representaba a una de las culturas más avanzadas en la época, que había combatido al grito de “Libertad, igualdad y fraternidad”.

Sobre la gestación y la forma de escritura de los *Episodios nacionales* tenemos una idea bastante completa, tanto a través de la correspondencia de don Benito y de los prólogos que escribe como del análisis de las obras.<sup>7</sup> Y así sabemos que, al menos, solía utilizar una obra histórica que le diera la pauta (que unas veces alarga, y otras utiliza solo en parte), pero también en ocasiones sabemos que busca documentarse y consultar fuentes orales, según indica en las cartas que dirige a Mesonero Romanos, preguntándole por sucesos y personalidades que había conocido y sobre las que don Benito tenía interés. También reconoce que la prensa, como *El Diario de Avisos*, le será de enorme utilidad para dar el “color de época”, e incluso se ha documentado que en una ocasión hizo traducir una obra del árabe para escribir un volumen, *Aita Tettauen*, o que tuvo que emprender un viaje para conocer a un testigo presencial o el lugar en que se desarrolla una novela. Todo ese esfuerzo se entiende mejor si tenemos en cuenta que diversos estudiosos, como Herder, señalaron la necesidad de ajustarse a los valores específicos del pasado al recrearlo, en lugar de atenerse a los del presente desde el que se escribe.

En los últimos años la crítica ha señalado la importancia y la magnitud de una obra que no tiene precedentes en la literatura española, y no solo por su extensión, sus 46 *Episodios*, sino por el amplio periodo de la Historia de España y el marco social que registra. Y si prestamos atención a algunas voces discrepantes, fundamentalmente en el fin de siglo, por ejemplo, las de Unamuno y Baroja hacia la capacidad de Galdós para reflejar las circunstancias históricas, veremos que formaban parte de la querrela entre “los antiguos” y “los modernos”, en la que estos querían ocupar el lugar de los primeros. Esas objeciones, en muchos casos se basan en una argumentación poco sólida, mientras en otros parece que tienen que ver con el rechazo global de la novela histórica.<sup>8</sup>

Galdós no escribía para una minoría intelectual, sino para un público mayoritario que quería conocer mejor su Historia, y cree que es de utilidad pública contar los hechos gloriosos, y los errores que han perjudicado el desarrollo de nuestro país, para que todos pudieran aprender, tanto los lectores contemporáneos como los futuros.

En diversos lugares expresará su idea de que la literatura debe tener una función docente, y también lo hará en el epílogo a la primera edición ilustrada de los *Episodios*, al manifestar, con su característica modestia, que su intención era “presentar en forma agradable los principales hechos militares y políticos del periodo más dramático del siglo, con objeto de recrear (y enseñar también, aunque no gran cosa).”<sup>9</sup> Después de unos titubeos iniciales, pues parece que escribe *Trafalgar*, el primer volumen de la serie, sin pensar en una continuación, se da cuenta de que podía recrear una buena parte de la Historia española del siglo XIX, lo extraordinario y las causas de la decadencia, y a la vez conseguir un gran número de lectores, lo que como escritor profesional era para él fundamental. Y una vez acabada la Segunda serie dijo que no los continuaría, explicando que ya los hechos históricos estaban demasiado cercanos, y no podía verlos

---

<sup>7</sup> Entre los estudios dedicados a los *Episodios* merecen mencionarse los de Yolanda Arencibia “Los *Episodios nacionales*”, y Francisco Caudet, en su reciente edición de la *Quinta serie* (2007).

<sup>8</sup> Baroja criticaba a Galdós para defender sus *Memorias de un hombre de acción*, según puede verse en H. Hinterhäuser, *Los “Episodios nacionales” de Benito Pérez Galdós*, p.55. La opinión, como tantas otras, un tanto particular de Unamuno la sitúa Peter Bly al comienzo del volumen conjunto *Galdós y la Historia*, p.13.

<sup>9</sup> Véase en los *Ensayos de crítica literaria*, editados por L. Bonet, p.180.

con la perspectiva de los anteriores. Esto era sí porque para él la novela es tanto una ilustración como una interpretación de la Historia, y si estaba demasiado próximo al pasado entonces no tendría garantías sobre su imparcialidad. Más tarde, no obstante, cambió de idea, y presionado por amigos y lectores continuó su magna empresa.

Por temperamento, Galdós no parece afirmar nunca de manera dogmática su visión como la única; presenta más bien la visión de un testigo a la que se suman otros testimonios y lo que puede leerse en los libros de Historia. Exponer una versión supone elegir entre varias y, al menos, el narrador galdosiano debía elegir la forma del texto, la estructura y la selección del detalle.

*El 19 de marzo y el 2 de mayo*, como otros *Episodios*, presenta un componente novelesco, otro histórico y un tercer plano que refleja el mundo social o la vida cotidiana en ese momento histórico, y su argumento puede dividirse en cuatro secciones: la introducción y la parte central, dedicadas a la novela de Gabriel Araceli y las dificultades de su relación con su amada Inés; la segunda sección, que narra el Motín de Aranjuez, y la última que se centra en el 2 de mayo.<sup>10</sup>

Si repasamos los hechos que transcurren en el *Episodio* galdosiano vemos que se respeta el trasfondo histórico en su ordenación, que desarrolla lo que es apretada síntesis en Blanco White y añade un relato novelesco y una representación del ambiente de la época que constituyen un fondo que puede parecer prescindible pero que sin duda no lo es. Los hechos son vividos desde una primera persona, a la que se suman otras opiniones, y la aventura personal de Gabriel corre pareja a los hechos históricos. En *El 19 de marzo y el 2 de mayo* los sucesos en la vida privada del protagonista recuerdan alguna novela de Charles Dickens, y quizá a veces tiene un tono folletinesco y otras, como en el Motín de Aranjuez, de farsa. El relato de los acontecimientos del 2 de mayo, como requiere el tema, se torna épico y trágico, alcanzando el clímax en un final en el que parece que es inevitable la muerte del héroe (y que tendrá su continuación fuera del texto, en *Bailén*).

En el siglo XIX se desarrolla la idea de que la Historia no es solo la guerra y la política, y que el historiador (o el escritor que escribe sobre el pasado) debe prestar atención a la vida particular, las costumbres y el ambiente social, lo que algunos denominan “intrahistoria”, y que en los *Episodios* galdosianos se encarna en las experiencias de los protagonistas, o de algunos personajes secundarios, a las que se dedica una atención variable. Ni Gabriel Araceli ni otros personajes galdosianos son importantes figuras históricas, sino individuos comunes, un sujeto más entre una multitud, que resultan verosímiles en su configuración. Y hay que tener en cuenta que la inclusión de elementos ficticios y del fondo “costumbrista” contribuye a recrear vívidamente el pasado. No obstante, cuando avance la obra, tras los primeros *Episodios* el escritor nota las limitaciones de la primera persona, lo difícil que resulta situar a Gabriel en todos los escenarios históricos importantes, y por ello decide cambiar de punto de vista.

Las peripecias del joven Araceli le llevan primero a Aranjuez, donde vive su amada Inés, junto a un tío canónigo, caracterizado por su ingenuidad, y por ello es testigo y participa como comparsa en el Motín de Aranjuez. Luego la acción se traslada a Madrid, pues otro tío, en este caso caracterizado por su egoísmo y su riqueza, se lleva a Inés haciéndola pasar toda una serie de penalidades. Este hombre y su hermana, los Requejo, son un prototipo de tacañería, que esclavizan a quienes viven con ellos o

---

<sup>10</sup> Cito *El 19 de marzo y el 2 de mayo* por una de sus ediciones más difundidas, la de Hernando. También, además de la publicada en el volumen citado, *1808. El dos de mayo, tres miradas* (2008), puede consultarse la edición de Dolores Troncoso y Rodrigo Varela, *Episodios nacionales. Primera Serie. La Guerra de la Independencia*, (2005).

trabajan en su próspero negocio. No obstante, Gabriel cambia de oficio y entra a trabajar en el negocio de los Requejo, para intentar darse a la fuga con Inés, una operación que fracasa en una ocasión y luego se verá interrumpida justamente el día 2 de mayo de 1808. Como el protagonista centra su vida en el amor a la joven Inés, recorre Madrid sin darse cuenta de los agrupamientos de gente y de las conversaciones, de manera que se encuentra de manera casual en medio del levantamiento.

Teniendo en cuenta que este resumen, como cualquier otro, hace poca justicia a la novela, hay que añadir que a veces la crítica olvida la juventud del protagonista, 17 años (Inés tiene uno menos), y por ello, considerando ese punto de vista, se explican tanto sus actos como sus juicios y opiniones, que no se identifican con el momento de la narración, esto es, posterior unos 65 años (de manera que el protagonista debe tener unos 82). Además, al limitar el análisis a un solo volumen, o al atender solo a algunas circunstancias, podemos perder de vista el carácter cervantino del narrador, en el uso de la ironía, el humor y el perspectivismo, que Ricardo Gullón con su habitual precisión señaló en esta serie y en otras novelas galdosianas.<sup>11</sup>

El título del volumen, *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, no se debe solo a la proximidad de los sucesos, sino que apunta al contraste que se establece entre lo ocurrido en el Real Sitio y lo que más tarde sucede en Madrid: si entonces eran algunos aristócratas y enviados del Príncipe de Asturias los que dirigían a la multitud, después es el pueblo el que de manera espontánea rechaza una ocupación que va más allá de lo establecido en el tratado de Fontainebleau del año anterior. De este modo, su intención sería reconstruir una verdad histórica que podía ignorar buena parte del público, y aclarar las motivaciones que impulsan lo histórico.

Galdós escribe cuando ha vivido, desde su llegada a Madrid, el final del reinado de Isabel II y los tiempos de crisis de los años posteriores, y no simpatiza con lo que significa revuelta y desorden. En el capítulo 9, uno de los que narra el Motín de Aranjuez, el narrador es arrastrado por un amigo, que va junto a una multitud, sin saber hacia dónde. Como en *La Cartuja de Parma* le ocurre al protagonista de Stendhal, la visión que tenemos de los acontecimientos es limitada, no se da una visión global sino la marcada por un punto de vista subjetivo. En lo acontecido en Aranjuez, ni Gabriel ni su amigo conocen su destino, siguen las consignas que alguien ha distribuido (“Salvador, el cochero, no me ha dicho más sino que vaya donde van los demás y grite lo que los demás griten”, p.91), y solo se clarifica el objetivo cuando están ante el palacio de Godoy.

Previamente, en una escena que puede parecer de transición, hemos visto como el tío de Inés, don Celestino, y Gabriel, visitan al Príncipe de la Paz para realizar una solicitud a favor del joven, como hacían entonces muchos “pretendientes”. También en la *Carta de Blanco White* aparecía un besamanos de Godoy, pero allí solo se incluye la relevante información de que se había dado cuenta de que las intenciones de Napoleón no eran tan nobles como creía.

El narrador galdosiano no describe inicialmente a Godoy con tintes negativos, sino con aquellos matices que también podrían caracterizar a otros poderosos políticos de su siglo. Y, por un lado, desmiente la confundida opinión popular (“no era un hombre hermoso, como generalmente se cree”, p.61) y conjuga la imagen pictórica que ha quedado de él con testimonios que no parecen proceder de ella, como el señalar que era pequeño de estatura y sus finos modales. Reconoce que no carecía de rasgos de

---

<sup>11</sup> Véase, entre otros estudios que dedica a esta obra, “Los Episodios: la primera serie” (1972), y “Episodios nacionales: problemas de estructura”, (1974). El humor y la ironía, como era de esperar, se dan sobre todo en la parte novelesca, por ejemplo, cuando dice de un personaje secundario “Juan de Dios, era, sin ningún género de duda, un excéntrico, pues también en aquella época había excéntricos” ( p.189).

carácter positivo, pero en su cabeza, nos dice, se unirían el extravío y la torpeza. El juicio del escritor está en la línea del que la posteridad ha guardado sobre él, recordando el extraño origen de su poder, y las relaciones íntimas que mantuvo con la reina María Luisa.

Antes de que asistiéramos al asalto al palacio, Gabriel reflexiona, con la perspectiva que tiene desde el momento en que narra, y recuerda que al igual que el Príncipe de la Paz otros poderosos han caído siguiendo un destino parecido, siendo traicionados por los falsos amigos, por sus asalariados y por un buen número de aquellos a quienes beneficiaron:

Sintiendo el auxilio de la ingratitud, la turba se envalentona, se cree omnipotente e inspirada por un astro divino, y después se atribuye orgullosamente la victoria. La verdad es que todas las caídas repentinas, así como las elevaciones de la misma clase, tienen un manubrio interior manejado por manos más expertas que las del vulgo... Era aquella la primera vez que veía yo al pueblo haciendo justicia por sí mismo, y desde entonces le aborrezco como juez. (pp.94-95)

Con los acontecimientos encontramos algunas reflexiones como esta que sin duda tienen por objeto la comunicación con un público amplio, y el comentario quiere evitar la caída en la simplificación: tan injustos pueden ser los métodos y la acción política del tirano, o del político injusto, como los de la masa. La utilización de un término como “manubrio” para designar al motor del cambio político, implica una valoración y ese mismo término lo utilizará para referirse a la elección de diputados en algunas dudosas elecciones hacia finales de siglo.<sup>12</sup>

La multitud actúa bajo una dirección más o menos oculta, pero siguiendo también intereses que no son propios, y que en este caso serían los del Príncipe de Asturias que luego reinaría como Fernando VII. Entre los personajes que dirigen el motín el narrador galdosiano presta atención a uno llamado Pujitos, que sin escrúpulos y actuando como dirigente, incita de manera brutal a la destrucción de obras de arte, de muebles valiosos y de cualquier cosa que encuentran. Confundiéndose con aquellos que creían en un ideario político, y aprovechando la existencia de un Gobierno ineficaz, este sujeto practica la destrucción por la destrucción, y expone sus ideas subido en un tonel, inspirado por el vino y en un lenguaje en el que se aprecia la intención satírica: “Señores: Denque los güenos españoles golvimos en sí y vimos que se ministro de los dimonios tenía vendió el reino a Napolión, risolvimos en ir en ca el palacio de su sacarreal majestad...” (p.88). En otras ocasiones, Galdós refleja su gusto por el habla popular, tanto en este *Episodio* como en otras obras (recuérdese, por ejemplo, el lenguaje de *Fortunata*), pero aquí, se trata de un discurso vacío, que contiene solo lugares comunes, y para terminar la escena la narración adquiere tintes satíricos al relacionarlo con el mundo mitológico greco-latino, a la manera de Quevedo.

Absolutistas y liberales pueden llegar a posiciones que serían causa de múltiples daños en la Historia de España, y además en ambos lados pueden actuar personajes como el citado, de manera que aunque el Galdós de comienzos de los 70 asuma claramente el ideario liberal y la condena del absolutismo, señala que el extremismo y la intolerancia deben evitarse en cualquier opción política. Y si tenemos en cuenta todo el proyecto narrativo, cuando el escritor redacta la Primera serie de los *Episodios* cree que el cambio hacia una sociedad más justa y más libre lo puede llevar a cabo la burguesía

---

<sup>12</sup> Véase la adaptación dramática de *Realidad*: “hiciéronle diputado con un par de golpes de manubrio de la maquinilla de Gobernación”, en *Teatro selecto*, p.84.



que, a diferencia de lo que ha ocurrido en otros lugares de Europa, no había podido ejercer el poder durante un largo periodo de tiempo.

El 2 de mayo ocupa la parte final de la novela y Galdós pone buen cuidado en no limitarse a una visión personal sino que se propone intentar representar lo que muchos ciudadanos vivieron y sintieron ese día. Gabriel, como en los hechos de Aranjuez, se encuentra a un amigo, Pacorro Chinitas (un nombre que apunta claramente su origen), que expresa unos elementales sentimientos nacionalistas y le informa de algunos rumores que corrían entre el pueblo. Como la prensa y los comunicados oficiales no contaban la verdad (y hay que recordar que el protagonista trabaja al comienzo del relato como tipógrafo en el *Diario de Madrid*), es la comunicación boca a boca la que hace que el pueblo se concentre frente al Palacio Real para evitar el traslado de los últimos representantes de la familia Real.

Dados los importantes problemas que tiene el protagonista, intentando escapar y vivir otra vida, al principio de la conversación no cree lo que le dice su amigo, que son los franceses los que gobiernan la nación, e intenta continuar con su búsqueda.

Gabriel Araceli expresa también su punto de vista y recuerda que nada tiene que ver con la xenofobia, pues a él fue un francés quien le enseñó su oficio, y solo rechaza a aquellos que se han convertido en invasores. Aquí, a diferencia de lo que ocurrió en Aranjuez, Galdós recurre al espíritu del pueblo para explicar el levantamiento, no a intereses materiales o espurios: todas las clases sociales sintieron “uno de esos llamamientos morales, íntimos, misteriosos, informados, que no parten de ninguna voz oficial, y resuenan de improviso en los oídos de un pueblo entero, hablándole el balbuciente lenguaje de la inspiración” (p.246). De este modo, cuando comienzan las luchas algo que se destaca es que en las calles están juntos señores bien vestidos, trabajadores, tenderos, ancianos y, especialmente, mujeres. Estas desempeñan un importante papel tanto en las calles como desde las casas, aunque carezcan de armas eficaces, hostigando a los soldados enemigos, y también, a veces con la certeza de perder la vida, ocupando el lugar de un hombre que ha caído.

Primero, Araceli ha observado lo que ocurre y lacharla de su amigo le ha convencido de la necesidad de participar en la lucha, y así vemos que mientras en Aranjuez se ejerce una violencia ilegítima contra un poder injusto, aquí se trata de la violencia legítima de un pueblo que busca su libertad, y que luego significará la Independencia de la nación española. Así, en medio del peligro, el personaje combate en el famoso cuartel de Monteleón, para luego escapar y continuar con la búsqueda de la desaparecida Inés, quien junto a su tío canónigo ha sido detenida por los soldados franceses. Presa de la angustia recorre la ciudad, señalando algunas calles y plazas donde se dieron los combates y puede ver el dolor, las luchas desiguales y la brutal represión de un ejército contra el pueblo.

En mi opinión, creo que en esta sección cobra un importante relieve la pintura, y todo el final de la narración parece girar en torno a *La carga de los Mamelucos* y *Los fusilamientos del 3 de mayo*, de Goya, cuadros que también han marcado nuestro imaginario doscientos años después. En cierta medida, parece que el relato nos suministrara los antecedentes de los cuadros de Goya, y los momentos posteriores, dando entrada al elemento novelesco. Dice Gabriel:

Llegaba junto al Espíritu Santo, cuando sentí muy cercana ya una descarga de fusilería. Allá abajo, en la esquina del Palacio de Medinaceli, la rápida luz del fognazo había iluminado un grupo, mejor dicho, un montón de personas, en distintas actitudes colocadas, y con diversos trajes vestidas. Tras la descarga,

oyéronse quejidos de dolor, imprecaciones que se apagaban al fin en el silencio de la noche. (p.295)

Podría citarse toda la página para ver el lugar central que ocupa la representación goyesca: la localización espacial, la rápida luz, las víctimas amontonadas, no ordenadas, los gestos y los quejidos ante una máquina de matar inhumana, que hace que los perdedores sean ya para siempre héroes.

Sin embargo, hay que añadir que Galdós no quiere presentar un mundo en blanco y negro, no quiere caer en la simplificación, como también le ocurría a Blanco White. Y así en el *Episodio* se señala que algunos soldados franceses dispararon sin intención de matar a los civiles, y luego a algunos se los envió a hospitales. La valoración del heroísmo del pueblo de Madrid, como en otras novelas galdosianas, no supone el desprecio del adversario, y la guerra es la última opción que se han visto obligados a elegir.

Desde hace tiempo los historiadores de la literatura, han señalado que, en parte, una muestra del éxito de una novela histórica se percibe en el ajuste entre la materia novelesca y la materia histórica, y si esto es así los *Episodios nacionales*, en *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, suelen conseguirlo de manera evidente, destacando la capacidad del novelista para encontrar detalles que parecen nimios pero que unen la expresividad literaria con la información histórica.

Como resultado de la reflexión en torno a la Historia, podemos pensar que el pasado, el 2 de mayo de 1808, es lo que queda de lo que una vez fue presente, que para Blanco White y para Galdós presenta ciertas diferencias: para Blanco ese presente fue una experiencia imborrable, vivida por él y quizá por alguno de sus lectores, contada con la inmediatez del reportaje periodístico; para Benito Pérez Galdós era una fecha de la que quedaban relatos, leyendas y un conjunto de “restos” de un tiempo crucial en el origen de la España contemporánea. Resulta evidente así que para el autor de los *Episodios nacionales*, más allá de la esfera subjetiva y de lo individual, la novela era una estructura válida para trasladar el pasado y revivirlo.

Epicteto Díaz Navarro  
Universidad Complutense, Madrid

## BIBLIOGRAFÍA

Arencibia, Yolanda, “Los *Episodios nacionales*”, en V. García de la Concha, dir., *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX*, vol 9/2, Madrid, Espasa Calpe, 1998.

Artola, Miguel, *La guerra de la Independencia*, Madrid, Espasa Calpe, 2007.

Blanco White, José María, “Carta duodécima”, en Alejo Carpentier y otros, *1808: El dos de mayo, tres miradas*, (2008).

---, *Cartas de España*, introducción de Vicente Llorens, traducción y notas de Antonio Garnica, Madrid, Alianza, 1977.

---, *Cartas de España*, traducción, introducción y notas de Antonio Garnica, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2004.

---, *Obra inglesa*, introd. J. Goytisolo, Barcelona Seix Barral, 1988.

---, *Autobiografía de Blanco White*, en <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=2888>.

Bly, Peter, ed., *Galdós y la Historia*, Ottawa, Dovehouse, 1988.

Carpentier, Alejo, B. Pérez Galdós y J. M. Blanco White, 1808. *El dos de mayo, tres miradas*, prólogos de Esperanza Aguirre, Fernando García de Cortázar y Eduardo Torrella, Madrid, Fundación Dos de Mayo. Nación y Libertad, 2008.

Diego García, Emilio de, *España, el infierno de Napoleón*, La Esfera de los Libros, 2008.

Fernández Prieto, Celia, *Historia y Novela: Poética de la novela histórica*, Pamplona, Eunsa, 1998.

Guerrero Latorre, Ana, S. Pérez Garzón y G. Rueda Hernanz, *Historia política 1808-1874*, Madrid, Istmo, 2004.

Gullón, Ricardo, “Los *Episodios*: la primera serie”, *Philological Quarterly* 51.1 (1972), pp.292-312.

---, “*Episodios nacionales*: problemas de estructura”, *Letras de Deusto* 8 (1974), pp.33-59.

Hinterhäuser, Hans, *Los “Episodios nacionales” de B. Pérez Galdós*, Madrid, Gredos, 1963.

Mora García, José Luis, “De Blanco White a Galdós: un siglo de lucha por la libertad de conciencia en España”, en <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=10301>.

Pérez Galdós, Benito, *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, Madrid, Hernando, 1969.

---, *Teatro selecto*, Madrid, Escelicer, 1973.

---, *Trafalgar*, ed. J. Rodríguez Puértolas, Madrid, Cátedra, 1996.

---, *Ensayos de crítica literaria*, ed. L. Bonet, Barcelona, Península, 1999.

---, *Episodios nacionales. Primera serie. La Guerra de la Independencia*, ed. Dolores Troncoso y Rodrigo Varela, Barcelona, Destino, 2005.

---, *Episodios nacionales. Quinta serie*, ed. Francisco Caudet, Madrid, Cátedra, 2007.

Rubio Cremades, Enrique, “La novela histórica romántica”, en V. García de la Concha, dir., *Historia de la Literatura Española. Siglo XIX*, vol. 9/1, Madrid, Espasa Calpe, 1997.